

dose á descansar en la cama que halló dispuesta donde se durmió un buen rato, de modo que no sintió cuando llegó el Chango muy cargado de botellas y recaudo, luego luego tiró la cotona y se puso á cocinear disponiendo la comida. A cosa de las tres de la tarde entró Simón de puntitas y al verlo estar encendiendo un puro le preguntó: — ¿Ya gusta sucia Ilustrísima de echar un taco? — Qué sucias ni qué cuentos, háblame sin reverencias, y trae lo que haya que taquear. Se arrimó á la mesa y en un instante la cubrió de trastes, botellas, pan y apetitosos manjares acabaditos de sazonar, sorprendido los tomó con buena apetencia, le parecieron bajados del cielo, pues al llegar y ver tan pobre apariencia de alojamientos, hubiera quedado conforme con un par de huevos crudos, pan y queso, ó tortillas con sal; le sirvieron seis platillos de asados y guisos improvisados sin faltarles requisito ni adornos adyacentes, terminando con excelentes frutas, dulces cubiertos y un magnífico café. — Como se conoce, le dijo á Simón saboreando un trago y fumando un puro, que tu amo no es lo que parece, he comido muy bien, toma esa peseta para el cocinero, y creyendo que él había guisado continuó: — Si con sólo una mano eres tan hábil, ¿qué sería si tuvieras las dos? — Yo no le entelijo mucho, reverendísimo señor, el Chango es el que ha guisado. — ¡Cómo! ¿pues qué tienen vds. aquí algún orangután? porque eso sería de ver. — No es extranjero, es criollo. — ¿Pues de dónde es? — De por Oajaca. — ¿Será muy feo? — Sí, señor, no deja. — ¿Pero cómo se hizo tu amo de él? — Porque es el otro cachorro. — ¿Será injerto de mono y perro? — Quién sabe, eso sólo Dios y su señora madre lo pueden saber. — Ya te he dicho, Simón, que no consiento que me mientes á mi madre, entró diciendo el Chango con un cuchillo en la mano con que estaba muy afanoso picando una cebolla, casi desnudo, los ojos enchilados y sudando del calor de la lumbre. El gobernador se quedó estático, le pareció un demonio salido del infierno, y á no oírlo hablar cree que era un orangután verdadero como antes se había figurado. — No haga caso vucencia de este Simón, dijo el Chango, porque es un animal que no sabe más que entenderse con los caballos. — Es verdad, hermano, le contestó, cada uno con su cada uno, tú á tu cocina y tu

trompeta, y yo con mis bestias; si acaso te he mentado á tu madrecita, no lo hice á mal hacer, sino porque aquí el señor gobernador ha parado las orejas porque le dije que eras el otro cachorro. — ¿Cómo es eso de cachorros, explíquemelo? — Señor, dijo el Chango, hemos jurado dende queaquer servir á nuestro coronel como si fuéramos sus perros, como si dijéramos, siempre fieles, sin ninguna paga y cuidarle el sueño. — ¿Según eso vds. lo quieren mucho? — Sí, señor, es nuestro padre, y por él el alma y la vida, porque somos *todos para uno, y uno para todos*, como lo jurábamos cuando estábamos comerciando en la rama; todos los demás amos y compañeros pagaron la pirata, y solo el amo carga con el trabajo de mantener á tanta boca. — ¿Qué es mucha su familia? — Cerca de un ciento, muy poco le falta, nosotros le ayudamos y es cuanto. — ¿Pero de dónde le vino ese familión? — De que son todas las descendencias de los difuntos Hermanos de la Hoja, que pasamos á llorarles cuando nos huimos de la cárcel en el pueblo de San Miguelito, donde estaban señalándose los quince joyos; y ya ve vucencia *Todos para uno, uno para todos*, eso es muy claro, pero volviendo á otra cosa, ahora que estamos en buena conversación dígaños ¿qué mal le ha causado el amo? ¿por qué se le antojó á vucencia poner mi retrato con letras de molde, y tiene tanto empeño en que nos degüellen como borregos, ofreciendo tanto dinero porque nos asesinen? — Sí, señor, agregó Simón, esas son malas partidas, mi amo á nadie le ha cogido un tlaco partido por la mitad, ¿para qué son esas traiciones? mire el papel que no nos deja mentir. Al ver el gobernador el decreto de su antecesor conoció su justa queja y logró convencerlos de que él no había sido el autor, sino el otro gobernador que estaba antes, y ya tranquilo se divertía con sus conversaciones que lo fueron metiendo en un laberinto, pues ignoraba todos los antecedentes, y tomó formal empeño en saber por boca del coronel todo lo concerniente á desatar tanto enredo, pues el decreto tan contradictorio y ajeno de verdad, le causó mucha extrañeza.

El coronel se despidió de Amparo para no separarse un instante del gobernador, y al tercer día de su destierro se le fué presentando en el cerro de la Culebra, á las nueve de la ma-

ñana, mandó á Simón que ensillara la mula, y al Chango que les diera de almorzar, comenzando á instancias del gobernador á satisfacer sus dudas que lo tenían inquieto. A buena hora se bajaron seguidos de Simón y el Chango, regresó á Cooporillo. No quedó poco sorprendido S. E. al ver que al llegar al puente de Tuxpam se soltó el repique, cámaras, y un golpe de música de viento, lo mismo que muchos cohetes; al otro lado del puente estaba esperándolo el Prefecto, el Ayuntamiento, multitud de particulares y los muchachos de la escuela con sus carrizos y banderas. Había cortinas en todas las puertas, arcos de trecho en trecho, formando valla como doscientos hombres con sus fusiles nuevecitos y toda la gente agrupándose ansiosa de verlo pasar para arrojarle flores y ramilletes. Se apearon y al acercarse gritó Astucia: — ¡Viva el nuevo señor gobernador del Estado! — ¡Viva! repitieron todos los presentes á quien correspondió dándoles las gracias con el sombrero lleno de gozo. El Prefecto en una corta arenga le dió la bienvenida terminando con entregarle su bastón diciendo: — Pongo al arbitrio de S. E. la primera autoridad de este Distrito. Se lo devolvió contestando: — La deposito en sus manos, señor Prefecto, y seré el primero en respetarla; ¡viva el señor Prefecto de este Distrito! gritó con entusiasmo. — ¡Viva, viva! gritaron á una voz. Entonces Astucia desenvainando la espada que hacía años que no la cargaba, la tomó de media hoja y presentándosela por el puño le dijo: — El mando de las armas ha estado bajo esta espada, y tengo el honor de rendirla á sus plantas, para que la empuñe persona más digna. — A la vaina, señor coronel, vuélvala á su lugar porque su persona merece mi entera confianza; ¡viva el coronel Astucia! ¡viva el jefe de la Seguridad Pública! — ¡Viva, viva! volvieron á gritar llenos de júbilo. Siguiéron las gracias y demás saludos, desfilaron los muchachos aturdiendo con sus gritos de vivas, y en el mejor orden se dirigieron á la iglesia llenos de flores y cargados de ramos. Allí el cura le hizo los honores con el agua bendita y cantó el Te Deum acompañado de otros eclesiásticos que convidó, marchando la procesión después al juzgado, donde hubo más felicitaciones y siguió un verdadero besamano, pues los indígenas materiales en todas sus cosas, no quedaron contentos

hasta no verificarlo, teniendo al gobernador sentado en un sillón con la mano al aire cerca de una hora, recibiendo besos de los viejos, hombres, mujeres y muchachos que se apañuscaban para tener ese gusto, se sirvió allí mismo un refresco del que participaron casi todos los presentes, pues el coronel obsequió á todos sin distinción de clases, sexos ni tamaños, incluso sus soldados que dejando la formación andaban con sus fusiles colgados del hombro y parecía aquello un campamento, como á todos hablaba por sus nombres, contestaba á sus preguntas y obedecían muy sumisos sus órdenes; conoció el gobernador el grande influjo del coronel y el mucho aprecio que le tenían generalmente.

Acabado el mitote, seguidos de los principales, se fueron para la casa donde le dispusieron su alojamiento, allí se encontró con su secretario afanoso en concluir el arreglo de sus papeles, y siguió una opípara comida con sus correspondientes brindis, etc., después se llevó Astucia al gobernador, secretario y prefecto á dar una vueltecita á la escuela, la amiga de niñas, la cárcel, le enseñó el puente que hizo de mampostería y lo impuso de cuanto pormenor quiso tener antecedente, regresaron á la casa, dió cuenta el secretario de sus trabajos, que á instancia de Astucia ó por mejor decir, por disposiciones de él se hicieron con mucha laboriosidad y eficacia, entreteniéndose hasta después de la oración, contentísimo el gobernador que era rígido en hacer todo en debida forma, mientras tanto Astucia con varios amigos andaban de citadores por todo el pueblo y arreglaba lo que tenía dispuesto para el otro día. De repente se les fué presentando y recogiendo papeles. — Ya no es hora de trabajar, dijo, aquí apilaremos al gobernador, al secretario, la visita y todos los demás chismes; vamos á la casa de enfrente antes de que se nos acalambren las preciosas, se enfaden ó den la estampida; vamos á ver, señor secretario, si ya que no le gustan los árboles frondosos del cerro que ha desairado, le agradan las flores ainmadas de este pueblacho. — ¿Cómo está eso de los árboles? dijo el gobernador. Y contándole en breves palabras el suceso de las apariencias, marcharon riéndose del caso para la casa de enfrente, en donde se encontraron el salón surtido de bailadoras, si no elegantes y de eti-

queta, decentes, bonitillas, y sobre todo condescendientes y juiciosas, terminando la diversión á las once de la noche.

Al otro día siguió el mitote en Zitácuaro más en grande, y sucesivamente fueron veintiocho días de fiesta y regocijo en que hubo gallos, toros, bailes y cuanto quisieron hacer para obsequiar al nuevo señor gobernador, que encantado no quería estar un instante sin el coronel, y ya no era simpatía y aprecio el que le tenía, sino una pasión de aquellas que infunde en el corazón una verdadera amistad; le contó Lorenzo toda su vida, le manifestó con mucha franqueza todos sus secretos, penas y compromisos, hasta el de verse obligado por la necesidad á echarse sobre los fondos públicos, y obrar con astucia y reflexión, para aprovecharse de las ocasiones. Vió por sus ojos todas las obras de pública utilidad que hizo, le halagó mucho encontrar hasta en el más miserable pueblito, chiquillos muy adelantados en leer y escribir, muchachitas muy fieritas y pobres, bordando con seda ó lana, tejiendo calcetas, servilletas des hiladas, y cuanto el coronel había hecho en beneficio del valle y sus habitantes, de manera que no hallaba cómo premiar á aquel rancharo, que al verlo el secretario por primera vez lo calificó de pazuato y en Morelia fué declarado traidor y proscripta su cabeza, ninguna duda le cupo de que tenía más de mil hombres á sus órdenes sobre las armas, ni de la paz y tranquilidad que gozaban todos aquellos vecinos laboriosos, con sólo no consentir revoltosos y colgar bandidos, ó lo que es lo mismo, tener armados á los hombres de bien contra los pícaros. Por fin, terminó la visita en Jungapeo, y en presencia de todos los acompañantes, que de población en población, y de hacienda en hacienda iban aumentando la escolta, dió cuenta el secretario con lo practicado, y al mismo tiempo con la cuenta general del coronel Astucia, que en uso de las facultades concedidas seis años antes en el nombramiento aquel que sirvió para entompear y ya obraba en los autos admitido como legal, presentó la distribución de los fondos públicos que había manejado en el tiempo transcurrido, diciendo: — Vistas, sumadas, hecha la confrontación con las recaudaciones, ratificados los comprobantes de data y glosadas en su totalidad, no resultan diferencia, equívoco, ni error, y nombrado yo para su revisión

como consta en el auto expedido en Tuxpam, y que encabeza el expediente de visita relativo, sólo he encontrado que ponerles la objeción de falta de autorización en el señor coronel para hacer los gastos que importaron; el nuevo puente de Tuxpam fabricado en mampostería; el caño que nace en este pueblo y termina en el de Tuzantla para conducir á aquellos vecinos, otros pueblos chicos y rancherías el agua potable de que carecían desde el año catorce; y el dinero perdido en la compra y venta de maíz para atender á la clase menesterosa del valle, que á consecuencia de haber sufrido la plaga de la langosta que acabó con las sementeras y sembrados, no podía soportar la carestía de esa semilla de primera necesidad; lo mismo que el gasto de medicinas repartidas á las primeras autoridades locales de los pueblos, y cinco lazaretos en que se curaron los invadidos por la epidemia de calenturas, vulgo tabardillos, que acometió al valle en el año próximo pasado, lo cual expongo á S. E. como cumple á mi deber para que dé su determinación.

— Como todos esos gastos, respondió el gobernador, han sido indispensables para el bien general del valle en beneficio del pueblo, y principalmente de la clase menesterosa, están patentes unos y públicamente justificados otros; todos los autorizo y apruebo estas cuentas, á la vez que de la manera más solemne manifiesto mi agrado, y doy al señor coronel Astucia las más cumplidas gracias á nombre del gobierno y congreso á quien represento, por haber sabido restablecer el orden, cimentar la paz, y hacer por el bien de los pueblos y honrados vecinos de este valle cuanto le ha sido posible. — Esa es mucha bondad, E. S., respondió Astucia, y le estimo su condescendencia. — Réstame sólo poner en conocimiento de E. S., agregó el secretario, que del resumen general de ingresos y egresos, resultan en caja diez y seis mil, doscientos catorce pesos, cinco reales tres octavos de existencia en numerario efectivo. Por contestación se paró el coronel, abrió una alacena que estaba en el extremo del salón de par en par diciendo: — Ahí están diez y seis talegas llenas, y el pico en ésta, puede S. E. mandar que se revisen. Esto acabó de afirmar la buena opinión, en que el gobernador tenía al coronel; sus *todos* y demás concurrentes que presenciaban el acto, quedaron sumamente complacidos de

su conducta y satisfechos de su honradez. — Termine vd. su auto de visita, dijo el gobernador al secretario, y que cierre el expediente este decreto; léalo vd. en voz alta, aunque sea manuscrito, que en el acto se publique por todo el valle y se cumpla con lo que ordeno. Y le entregó un papel que había escrito de su puño. Se paró el secretario, todos lo imitaron, y con voz clara y fuerte leyó: — « El licenciado Mariano G. y D., presidente del Supremo tribunal de Justicia, y actual gobernador del Estado de Michoacan por ministerio de la ley, á todos sus habitantes sabed: Que en uso de las facultades que el soberano congreso me ha concedido para la visita del valle de Quencio y demás distritos, he tenido á bien decretar lo siguiente:

« Art. 1º. Se deroga en todas sus partes el decreto expedido por mi antecesor en tal fecha, en que declarando traidor puso fuera de la ley al nombrado coronel Astucia y ofreció seis mil pesos por su cabeza, por constarme y estar satisfecho de que jamás ha tratado dicho coronel de hacer la segregación de este distrito ni estar independiente del Estado.

« Art. 2º. Se reconocerá como jefe nato de la Seguridad Pública del valle al coronel Astucia, y quedará en su puesto encargado de la conservación del orden y la paz, con el mando de las fuerzas que le han estado subordinadas, bajo las mismas bases que ha tenido establecidas y el haber que ha disfrutado.

« Art. 3º. Quedan aprobados todos sus actos anteriores lo mismo que las cuentas que ha presentado, y obran originales con sus respectivos comprobantes en el expediente relativo á la visita actual que acabo de practicar en este valle.

« Art. 4º. Para cumplir con lo dispuesto por el soberano congreso del año de... en que por escasez de numerario, quedó pendiente la remuneración concedida á los descendientes de los fieles liberales que perecieron en Tepustepec, como consta en el expediente respectivo que original queda en la secretaría del gobierno, se le entregarán de las existencias en caja que haya en la oficina recaudadora á D. Lorenzo Cabello vecino de Porúa, la cantidad competente, para que á razón de doscientos pesos por persona, las establezca definitivamente, como apo-

derado de esas familias, cesando de percibir la miserable pensión con que hasta ahora se han socorrido.

« Art. 5º. Queda nombrado visitador general del valle el mismo D. Lorenzo Cabello, quien directamente tendrá el manejo de caudales, disfrutando el sueldo de dos mil pesos anuales siguiendo el método que hoy se observa en este Distrito. Y para que llegue á noticia de todos y sirva de una pública satisfacción al coronel Astucia, mando se imprima, publique y circule por todos los Distritos del Estado, y se le dé su más exacto cumplimiento; dado en la sala capitular del pueblo de Jungapeo de este valle de Quencio á tantos de tantos, etc. »

Desde el instante que oyó Lorenzo que el secretario dijo el segundo apellido de D. y que el gobernador había sido el presidente del supremo tribunal de Justicia, un frío glacial corrió por sus venas y exclamó en su interior: — ¡ Su padre de Amparo, como me lo suponía! Bajó los ojos con tristeza y casi ni puso cuidado á lo que el secretario siguió leyendo. Luego que acabó, un viva al gobernador del Estado por todos los concurrentes que llenos de alegría atronaban el salón con sus gritos, lo sacó de su tétrica meditación sin poder disimular su desconsuelo, de manera que sólo pudo decir secamente: — Gracias, señor gobernador, gracias. — Nada me agradezca vd., señor coronel, porque obro en justicia. — Pues entonces, replicó, retiro mis palabras, y se quedó frío y serio. Varios empezaron á sacar copias del decreto que el secretario iba dictando á los que se agruparon en la mesa, una se fué á publicar con música, cohetes y repiques, en todos se advertía el contento y entusiasmo, solo el coronel serio é indiferente se conservaba engolfándose en mil pensamientos diciéndose: — Ahora más que nunca necesito el consejo de mi padre para aprovechar esta ocasión que se me presenta, pero si este hombre es de ese carácter sostenido y caprichoso, y por una fatalidad el lance se malogra y la ocasión es adversa, ¿ qué hago, Dios mío? ¿ le descubro la existencia de su hija para que me la arrebate ó la maldiga, al satisfacerse de que vive y es la esposa graduada de un barbaján, de un desgraciado Hermano de la Hoja, un prófugo de la cárcel, un hombre que ha sido proscrito públicamente y puesta á precio su cabeza? ¿ Qué importa que con su decreto

derogue el otro y que en todo el Estado se me dé también una pública y honorífica satisfacción, que me duplique el sueldo, y todo cuanto acaba de hacer en mi favor, si con sólo una palabra, un no, negándome á su hija, me hará pedazos el corazón destruyendo toda mi ventura, la paz de mi alma, y desbarata mi familia? No, no le digo nada, que siga llorando á su hija muerta, y se vuelva por donde vino, que ella también ignore que su padre ha estado muy cerca; por otro lado, conozco que el hombre me quiere, es franco, se ha interesado en mi suerte, tal vez la Providencia, esa mano oculta que nos ha guiado, quiere que terminen nuestras inquietudes, que pueda yo disfrutar de mi adorada recibéndola de manos de un ministro de Dios, que mi hijo se bautice en la iglesia y se legitime, en fin, que cesen nuestros sinsabores, y como nosotros no podemos ir á buscarlo y solicitar su aprobación, aquí nos lo ha traído y sin saber el inmediato parentesco que tenemos, ha proporcionado que le vaya yo ganando la voluntad, para en cierta manera desvanecer las horribles manchas de mi pasado, con el honor que él mismo me ha dado en lo presente; ¿pero cómo le voy diciendo: la hija que lloras muerta y que te supones en el cielo, yo la tengo, te la robé destrozándote el pecho de dolor, mírala ahí habitando entre los bosques, sin más sociedad que las fieras y constituida en una salvaje, la que tú calzabas de seda, y conservabas con el mayor lujo y mil contemplaciones, yo la tengo con sus zapatos de gamuza, vestida de pontiví, quemada del sol y constituida en mi cocinera, mi criada, y por fin, en mi querida? Todas esas muestras de bondad vendrán á tierra y ya descubierta el secreto, tengo á fuerza de fuerzas que rifar el todo por el todo, correr un verdadero albur, y el diablo me lleva sin que me sirvan los honores, vivas, gritos y tanta alharaca con que estos hombres me están celebrando, sin saber que todo ese regocijo aviva más y más el tormento que en este instante me martiriza; disimulemos, ahora es ocasión de reír, al cabo aun no se va este hombre y tal vez para más tarde tendré una buena coyuntura, estoy resuelto á que no se retire sin que hayamos terminado este negocio; Providencia divina, no nos abandones! ¡ahora es tiempo, Dios mío, de que nos hagas uno más de tantísimos favores como te debemos! Adelante,

á reír con la boea y tener una grave pena en el corazón. Interin unos publicaban con toda solemnidad el decreto, otros corrían á hacer lo mismo en los demás pueblos y en la villa, donde con igual regocijo se agrupaban á leerlo, obteniendo el actual gobernador tantos vivas y bendiciones, cuantas maldiciones é injurias le dirigieron á su antecesor algunos meses antes todos los vecinos del valle. La comida fué un verdadero banquete en que sus *todos* echaron el resto, se habían escotado los gastos, y como los obsequiados eran sólo dos personas, ellos mismos fueron los aprovechados, y no omitían gasto alguno para comer excelentes manjares y beberse exquisitos y costosos vinos. El baile aunque estuvo mucho mejor que ninguno acabó temprano, porque el gobernador algo indispuerto se retiró á descansar, y como era en la misma casa en que estaba alojado, por no molestarlo cada cual fué tomando su camino.